

el primero uniéndose a las fuerzas del Gobierno, y el segundo, a los revoltosos. «Revoltosos» y no revolucionarios los llama el narrador quizá porque el primer término encierra la ideal del tiempo cíclico, o restauración del tiempo original. El hijo, después de haber vengado a una clase social explotada, podría volver a encarnar la figura del desaparecido cacique. Su violencia contra el poder opresor ha tenido un sentido, se ha hecho historia, pero la violencia desencadenada puede ser incontrolable y Eureka el joven podría ser fatal y atávicamente arrastrado por ella ⁶.

Como vocero de las inquietudes reales o míticas del pueblo, los orígenes del cuento emanan de la necesidad ancestral del ser humano por contar narraciones en las que puede, y podemos, reconocernos. De aquí la secuencia inicial de *La herencia...*: «En Corazón de María vivían, no hace mucho tiempo, un padre y un hijo» (143). Y de aquí, también, la importancia que el hablar intrahistórico tiene en la obra de Rulfo. Este reproduce el lenguaje popular oído de niño y adulto para transmitirnos los ecos de un pasado. Este folklore literario capta e incorpora el elemento anónimo, popular y colectivo de la comunidad.

Desde el punto de vista temporal, la memoria del narrador Tranquilino, contando con mirada retrospectiva, va actualizando el presente, organizando el pasado. Pero en esta ordenación se privilegia la duración psicológica, afectiva, lo que explica la falta de ordenamiento lógico en los relatos de Rulfo. La temporalidad contribuye, junto a la falta de diálogo narrativo, el fragmentarismo y la presencia de varios narradores, al carácter aparential de *La herencia...* El tiempo subjetivo e interior da lugar en este cuento a una poética del tiempo, especialmente en la relación afectiva entre Tranquilino y Matilde. En la siguiente descripción se observa cómo el tiempo ha sido suspendido en una digresión en la que importa el ritmo poético asociado, en este caso, con el principio vivificador del agua. Esta sustancia se identifica con el sentimiento amoroso de Matilde: «Ella era hija de una tal doña Sinesia, dueña de la fonda de Chupaderos; un lugar caído en el crepúsculo como quien dice, allí donde se nos acababa la jornada. Así que cuando arriero recorría esos rumbos alcanzó a saber de ella y puso saborearse los ojos mirándola. Porque por ese tiempo, antes de que desapareciera, Matilde era una muchachita que se filtraba como el agua entre todos

⁶ «Años más tarde, al repensar el tema de los grandes trastornos y conmociones del siglo XX, he llegado a la conclusión de que hay que distinguir entre revolución, revuelta y rebelión. Las revoluciones, hijas del concepto del tiempo lineal y progresivo, significan el cambio violento y definitivo de un sistema por otro. Las revoluciones son las consecuencias del desarrollo, como no se cansaron de decirlo Marx y Engels. Las rebeliones son actos de grupos e individuos marginales: el rebelde no quiere cambiar el orden, como el revolucionario, sino derrocar al tirano. Las revueltas son hijas del tiempo cíclico: son levantamientos populares contra un sistema reputado injusto y que se proponen restaurar el tiempo original, el momento inaugural del pacto entre los iguales». Octavio Paz, *El ogro filantrópico*, pág. 26. Seix Barral. Barcelona, 1979. Comentando los relatos cortos de Rulfo afirma Ariel Dorfman: «La muerte en estos cuentos es siempre violenta y, lo que es más importante, es fruto de la venganza. En el lejano pasado, el protagonista hizo algo. Nosotros asistimos al momento en que debe enfrentarse a ese pasado encarnado en el vengador. Es el destino que mata a través de una persona, que restaura el equilibrio primordial que la víctima quebró hace tantos años». *Imaginación y violencia en América*, pág. 185. Editorial Universitaria. Santiago de Chile, 1970.

nosotros» (145). Y es el agua también, aunque como signo negativo de disolución y muerte, el elemento que organiza las imágenes en torno a la descripción del fatal accidente de Matilde: «Veníamos de bautizar a la criatura... La Matilde Arcángel se había quedado atrás, sembrada no muy lejos de allí y con la cara metida en un charco de agua. Aquella carita que tanto quisimos tantos, ahora casi hundida, como si estuviera enjuagando la sangre que brotaba como manadero de su cuerpo todavía palpitante» (146); «A mí me tocó cerrarle los ojos llenos de agua; y enderezarle la boca torcida por la angustia... Ya les dije que estaba empapada en agua. No en lágrimas, sino del agua puerca del charco lodoso donde cayó su cara» (147). La machacona repetición del narrador a través de todo el cuento («Ya les dije»; «Ya les conté», etc.) es otra fórmula para aquietar la acción, privilegiando así la temporalidad, o tiempo de la conciencia.

Como dijimos, Euremio el viejo simboliza el inmovilismo y el carácter destructivo del tiempo «el padre iba para abajo con el paso del tiempo» (148), inmovilismo que impone a su entorno y que sólo se rompe con la fatídica muerte de Matilde. Esta muerte premonitoriamente anuncia la fantasmal aparición de los revoltosos, aparición que marca la segunda y radical infracción del pasivo acontecer histórico de los habitantes de Ciudad de Dios. La temporalidad existencial, o tiempo de la conciencia, predomina sobre el tiempo del exterior. A esta temporalidad alude el narrador con las palabras: «Les contaré esto sin apuraciones. Despacio. Al fin y al cabo tenemos toda la vida por delante» (145). El espacio, como trayectoria hacia lo anhelado y perdido, sufre igualmente una prolongación de carácter poético en la voz de Tranquilino narrador: «Pero los caminos de ella eran más largos que todos los caminos que yo había andado en mi vida y hasta se me ocurrió que nunca terminaría de quererla» (145). Pero el ritmo lento espacio-temporal se altera con el accidente de Matilde: «Después engordó. Tuvo un hijo. Luego murió. La mató un caballo desbocado» (146). Esta tensión entre la lentitud subjetiva y la dinámica externa constituye, según Blanco Aguinaga, uno de los principales rasgos definidores de los relatos de Juan Rulfo⁷.

Sobre el mexicano operan, según la visión que se desprende de la lectura de «La herencia de Matilde Arcángel», no sólo un sistema retrógrado de creencias, sino una serie de factores económico-sociales de carácter inmovilista. Al final del cuento, después de la esporádica incorporación de Euremio el joven al movimiento de los revoltosos, se nos plantea el problema del retorno cíclico de la violencia, es decir, el mito separado de la historia. O la posibilidad, partiendo del hecho de que todo hecho histórico es productor, de que la vindicación de Euremio no quede inmovilizada en su tiempo, sino que dinamice nuevas causas en el transcurso del proceso histórico en virtud de la ley dialéctica que niega el concepto lineal de causa. Pues la violencia

⁷ «En esta tensión angustiosa entre la lentitud interior y la violencia externa está el secreto de la visión de la realidad mexicana en Rulfo. Esa realidad fatalista, de hombres y mujeres solos, hacia dentro». C. Blanco Aguinaga: «Realidad y estilo de Juan Rulfo», en *Nueva Novela Latinoamericana*, I, pág. 78. Editorial Paidós. Buenos Aires, 1969.

termina agotándose en sí misma y, como todo momento histórico, es irrepetible⁸. La historia quizá pueda imponerse sobre las fatídicas y atávicas tradiciones mexicanas (esa naturaleza que la condiciona), incluso a partir del gesto triunfante del joven Euremio, e incluso a partir de ese «padre muerto», palabras que cierran este cuento.

JOSÉ ORTEGA

600, 7th St

Kenosha WISCONSIN 53140

Estados Unidos

⁸ Junto a la identidad del tiempo de los hechos de la naturaleza, encontramos la temporalidad histórica en que «el tiempo pasa en una sola dirección, en una sola línea y con absoluta singularidad de momentos. Es decir: todo momento histórico es único, irrepetible, supone un momento antecedente y anuncia otro consecuente, todo ello sin excepción ni contingencia. Por ello, aunque comparables, dos sucesos históricos nunca son identificables». BLAS MATAMORO: *Saber y literatura*, pág. 19. Ediciones de la Torre Madrid, 1980.